

Un género culpable

La práctica del ensayo:
entredichos, preferencias
e intromisiones

Eduardo Grüner

Ediciones Godot | Colección Crítica

Grüner, Eduardo Un género culpable.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
EGodot Argentina, 2013. 350 p. ; 20x13 cm.
ISBN 978-987-1489-71-8 1. Filosofía. CDD 190

Un género culpable.
La práctica del ensayo:
entredichos, preferencias e intromisiones
Eduardo Grüner

Corrección
Gimena Riveros

Diseño de tapa e interiores
Víctor Malumián

Ediciones Godot ©
Colección Exhumaciones
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Buenos Aires, Argentina, 2015
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Bonusprint, Luna 261,
Capital Federal, República Argentina,
en Abril de 2015

Políticas de la palabra

ENSAYISMO, HERENCIAS Y MAQUINACIONES

1

Descartadas “prólogo”, “prefacio”, y mucho más “estudio preliminar”, la expresión “palabras preliminares” parece poseer la sobria asunción de una responsabilidad, la de decir (apenas) algo (palabras) antes de un otro texto, que en este caso, siendo el texto que es, apenas si requiere palabras que lo *introduzcan*. Libro sobre el que difícilmente pueda agregarse *algo*, a la aguda y sofisticada interrogación en torno a -justamente- la palabra dicha, la palabra leída, las “lecturas” de la escritura, la escritura en suma ensayística, que en tanto tal asume ya una íntima interpelación de sus propias condiciones de producción. Serán, pues, palabras preliminares, que se arrojarán como mínimo la responsabilidad de proclamar la necesidad de “lecturas” (interpretaciones) como las que este libro (y su autor, claro) convoca. Y sobre todo en un contexto contemporáneo como el nuestro: de tecnologías comunicacionales de hiper conectividad, desgajadoras de la intransferible *comunicación* de los cuerpos, y de un micromundo académico de expandidas políticas de investigación, que pugna abrirse paso entre la mercadotecnia y las aspiraciones político-culturales, conformando un ejército de *investigadores* que lidian (en el mejor de los casos) por conformar una (su) palabra entre el ensimismamiento corporativo y la intervención en la *plaza pública*.

2

Hace unos años con un grupo de amigos sociólogos¹

1. Alejandro Boverio, Luciano Guiñazú y Hernán Ronsino.

emprendimos una aventura revisteril, *En Ciernes Epistolarias*, la que tuvo la inicial pretensión de promover(nos) una escritura que no fuera la que las instituciones universitarias que nos formaron, y en las que trabajamos, proponían. Una escritura que entrelazara (al menos así lo anhelamos) reflexión con afección, teoría con poética, política y amistad. Es decir, tales las características de la escritura epistolar, y que, de más está decir, tenía y tiene una profusa tradición en nuestro país. Cartas rescatadas, cartas escritas entre / para nosotros, intercambios epistolares “a pedido”, fueron el sustrato básico de nuestro proyecto. Así y todo, nuestro grupo con el tiempo vio sus afinidades electivas y afectivas (por ser amable en la caracterización) deterioradas. Y de este modo *En Ciernes*, la revista, pero también el grupo, forjado bajo un espíritu fraternal que pretendimos invocara a una política escritural, una filosofía práctica (por decir), que a su vez se expandiera y contagiara, luego de tres números dejó de existir.

Antes de ello, en momentos de plena efervescencia, en los que nuestras ideas se “hacían realidad”, y nos arrastraban a comentar entusiastas nuestro proyecto, en una charla de café, post mesa de examen, Eduardo Grüner, y ante el exitado relato sobre nuestro *hallazgo* me dice “yo tengo un texto sobre la escritura epistolar”. Y ese “tengo”, además de promoverme una sorpresiva sonrisa empática, resultó ser a la postre y en términos materiales una virtualidad, casi un recuerdo borroneado, borroneándose: el libro que lo contenía, *Un género culpable*, libro quimérico que había surcado incluso nuestros propios intereses de una escritura combativa del *paper*, estaba agotado.

Agotado y no precisamente, claro, por lo que tenía ese libro para decir, para inquirir más de veinte años luego de su primera edición. Lejos de ello, su potencia cuasi mítica (la de esos libros que no se tienen pero que sin embargo se citan) seguía siendo abrigo y contención, arma y herramienta, ante los embates de las automatizaciones

del escribir, del pensar. Su irradiación sigue de hecho inmiscuyéndose en cualquier intento (incluso de *papers*) de recuperar la tradición ensayística argentina. Agotado pues y apenas en su frugal materialidad, el fulgor editorialista no se hizo esperar. Erigiéndose en una suerte de mandato ético-épico a recuperar un texto (no menos épico y ético) que escrito varios años antes del actual panorama académico (fortalecido en recursos económicos pero aferrado inercialmente a una matriz maquínico-burocrática) sirviera como bálsamo y salvaguarda, como discurso incómodo y urticante, y fundamentalmente como ensanchamiento de la discusión político-intelectual contemporánea.

He aquí pues uno de los comienzos de un derrotero que culmina y recomienza en la reedición (ampliada) de *Un género culpable*, y que el propio Eduardo, generosamente, habilitó a que se trabajara en ella, convocándome (con cierta *irresponsabilidad* creo, sobre todo la mía aceptando) a que escribiera estas preliminares palabras, que intentarán *resitu*ar a este libro, a su reedición, en las actuales condiciones de producción intelectual.

3

David Viñas, en 1967, escribe en un prólogo a *El matadero* de Esteban Echeverría, además de lo más luego mitificado (que la literatura argentina comienza con Rosas, y que es *El matadero* el que inaugura la narrativa de nuestro país) que en este relato, sobre todo en su irradiación postrera, se esbozan las líneas fundamentales de la situación básica del escritor.

En el último número de *En Ciernes*, dedicado a la Carne, editorializamos sobre este prólogo, y escribíamos:

Viñas, a su habitual gesta político-reflexiva de construir series, cifras antagónicas, le agrega, y en un

mismo movimiento, una indagación sobre el sustrato político-epistemológico del acto escritural, la pregunta (anhelo o desconsuelo) de una escritura que pugne por un “decir categórico”, un “gran trazo” versus (porque de confrontaciones estamos hablando) una escritura del “parche”, de la “monografía”: “módicas y sabrosas alcabueterías”. Sugiriendo que la primera es la de pretendidos héroes ambiciosos, y la segunda la de desertores, desafiliados, resignados, abdicados (por si el plan de combate no había quedaba aún del todo esbozado). Es decir, se lo convoca implícita, explícitamente a escribir sobre El matadero, o sea, sobre el escenario cárnico que funda no solo la literatura argentina sino una tipología político-social que pervive. Y “termina”, Viñas, escribiendo sobre la carnalidad del escritor, del intelectual.

En 1967, de este modo Viñas parece prefigurar lo que luego se denominará *fábrica de papers*. Lejos del actual sistema académico hiper-especializado, la proclama-denuncia de Viñas se irradia contra la automatización *descarnalizada* de un dispositivo de características fabriles *en ciernes*. Casi 50 años después tales palabras deben actualizarse y no precisamente por la desactivación de tal lógica sino por su exacerbación. Algo que tal vez pueda hacerse recuperando el movimiento que Deleuze ensaya torsionando y ensanchando el pensamiento foucaultiano: el pasaje generalizado de un orden fabril (disciplinario) a un modo empresarial (de control), del que la *Academia* también formó parte. De uno constructor de sujetos a través de un dispositivo externo de límites explícitos y marcada discontinuidad (la fábrica, de *papers*, pero no solo), a otro de control introyectado y autoinfligido, *abstractizador de la opresión*, de una continua e ilimitada disponibilidad (la lógica empresarial, hecha “carne” en el *investigador* actual) De la máquina de montaje y “la salida de los obreros de la fábrica”, al eterno fluir cibernáutico, sin afueras y sin aden-

tros. De la huelga al *cuelgue*. De la alienación a la *quemazón*. De la diferencia (opresiva, alienante, pero resquicio de una potencia política, un soñado y compartido “salirse” del sistema) a la indiferencia (lógica postindustrial de igualación y celebración de lo aparentemente siempre distinto: soy mi propio y *singular* sistema experto) De formaciones académico-profesionales de compromisos, filiaciones y certidumbres (más o menos) discernibles a la formación continua, especializada, desarraigada y obligada a una competitiva carrera acumuladora de cucardas que minuto-a-minuto pierden su valor (y su sentido). De uno a otro, un presunto cambio de paradigma que es más una sofisticación y agudización del mecanismo alienador, que el advenimiento de una nueva era. Viñas, en el ‘67, escribe preanunciando una calamidad, la del parche módico evadiendo el gran trazo, la del paper especializado abjurando de la “gran teoría”. Aún faltaba una torsión más calamitosa, auto-alienante, pero así responde Viñas a la problemática del escritor de su tiempo (que, claro, sigue siendo el nuestro): *la superación (entre disolverse en la masa, y erigirse sobre ella) se dará cuando “el escritor concluya de ser jinete por los arrabales, exiliado en su cuarto, en París o en el limbo, águila de montañas más o menos doradas, testigo impasible o enternecido, para convertirse en un hombre entre los hombres”.*

4

Eduardo Grüner, casi veinte años luego de Viñas, preanuncia un nuevo (mismo, sofisticado) infausto estadio. En un texto del 1985, incluido en este libro, reflexiona, alerta, sobre la decadencia del ensayo argentino. Atribuyéndola por un lado (y con/por la dictadura aún latiendo atroz) “a un languidecimiento del discurso por universalismos tibios y un mercado cultural que promueve ensayistas asépticos y profesionales” (*Histerycus*, según

los caracterizarán Grüner y sus camaradas de *Sitio*) y por otro lado a “la pobreza de los discursos sobre la muerte, enriqueciendo una suerte de *muerte de los discursos*”. De los desertores y abdicados monógrafos de Viñas en el ‘67, a los *Hystericus* en los primeros años de la post dictadura: “avisos de incendio” inescuchados, inescuchables.

Luego del diagnóstico, también una apuesta: *pensar al Autor*, escribe Grüner, *no suprimiéndolo por decreto como quisiera cierta vanguardia, ni manteniéndolo en una suerte de anonimato trascendental (lo cual es un gesto teológico, pero no crítico), sino recuperándolo como Nombre, y marcándolo como designación de los límites dentro de los cuales se produce un acontecimiento discursivo que podemos convenir en llamar Obra*. Una apelación, la de Grüner, que no solo tiende a restituir la diferencia (como estatuto de *lo político*), sino, o por ello, la responsabilidad en / de la escritura.

Una “responsabilidad” que en nuestra contemporaneidad parece disiparse, ya no por la *muerte del autor* conceptual, deconstructiva, encumbrada y celebrada por las teorías *post* (y que no puede no resignificarse en nuestros países, luego de dictaduras militares -como dirá Grüner en *El fin de las pequeñas historias-*, donde los *Autores*, y fundamentalmente ellos, efectivamente murieron; más aun, se les dio muerte, y por ello, por ser *Nombres* que encarnaban una *Obra*, y no exclusiva ni necesariamente individual), sino que la mentada *muerte del autor* (y así de la “responsabilidad”), en la actualidad, tendría una renovada y espasmódica literalidad, y no por formar parte de una vanguardia política en circunstancias de terror de Estado, sino por una suerte de triste y vergonzante auto-inmunización vitalista, diseminada, “perdida” en las lógicas de la burocracia académico-*investigativa*, de escrituras sin marcas de enunciación, o sea, sin cuerpos (sujetos, autores) que se expongan (más allá de las módicas *exposiciones* que suponen y asumimos al leer nuestras *ponencias*). Siendo que el texto académico, se nos ha dado a creer, no tiene que asumir riesgos su poder

conjuratorio-incendiario se ha tornado nimio. Sin riesgos (no digamos de muerte, más no sea del escarnio público -los aplausos automatizados luego de cada exposición congresística inhabilitan la posibilidad de un abucheo aleccionador, un alarido apasionado-) nuestros discursos sobre la muerte siguen siendo pobres: sofisticados, autoconscientes, pero imposibilitados de eludir su propia muerte, su estado mortuario, agonizante, de restituir su capacidad de irradiación.

Así, si *Hystericus* se caracterizó al intelectual profesional que *siempre cae bien parado*, que se exime de *tomar partido*, que *no se la juega*, tal vez el académico contemporáneo podamos decir que devino una versión exacerbada (especializada) de tal personaje, un *Hystericus academicus*. Que incluso abjura de una tradición cultural-intelectual, de la que el *Hystericus* (a secas) alardeaba, circulando por centros culturales de vanguardias subterráneas, piringundines de *avant-garde*, poseyendo aún cierto grado de sociabilidad callejera. Rebotos tibios de una bohemia que post dictadura resistía sintomáticamente en el mismo Viñas, subrayando el diario *La Nación* en el bar La Paz, hoy vuelto un kiosco (no todo, una parte, ni más ni menos, el preciso lugar en el que Viñas se sentó en sus últimos años, junto a la ventana, en esa suerte de pecera producto de leyes antitabaco). Kiosco que parece expresar cínicamente el declive de la monumentalística, del desvínculo con los muertos (sobre todo los incómodos, que pesan en las conciencias de los *bienpensantes*): impúdico anti monumento que apenas si lo repone fantasmalmente aún allí, *leyendo al sesgo*, a él, la figura central del ensayismo argentino contemporáneo, y con él, al bar La Paz, ícono de un tiempo que ya no es, de intelectuales (más o menos *Hystericus*) que en su fluir bohemio, conformaban una *troupe* de una ensayística, un anti institucionalismo en declive, en decadencia, pero de aún difícil, vergonzante, abjuración de sus responsabilidades públicas, políticas.

Veinte años luego de aquellas palabras de Grüner, un debate reunido en el libro *No matar. Sobre la responsabilidad*, reactualiza / reubica trágicamente no solo el concepto (idea, vivencia) de responsabilidad, sino la tesis del (des)vínculo experiencial con la muerte. Hito político discursivo², *No matar...*, parece renovar las esperanzas de una escritura genuina, de Autores que (re)asumen la responsabilidad de sus palabras, tanto por el uso del dispositivo epistolar: que reinstala la lógica del debate de ideas en el marco de afectividades expuestas, vueltas carne sufriente, potencia anímica; como por las controversias fundamentales que se plantean: la relación entre política y cuerpo (configurando distintas políticas de los cuerpos -de su exterminio, de su erigirse insumo político-) el insalvable vínculo (insaldable e imposible) entre ética sacrificial / burocrática y política. Así y todo, esperanza utópica, siendo el grueso de los que participan, entre ellos Grüner, de las últimas generaciones *no becadas* de las ciencias sociales y afines. Pobre forma (claro) de nombrar a una generación sin igual, que entendía y entiende su intervención público-política imposible de disgregar de su trabajo intelectual. Escribimos, pensamos -becados- a su sombra, junto a ella, y es tal vez ese el modo de asumir nuestra palabra, manteniendo vivo tal acoso ético-espectral. Y es que heredamos, nos fundan, queramos o no, aquellas elecciones, aquellas opciones (así todo inasimilables, inactualizables, intraducibles: matar / no matar); y luego el debate, la controversia, como subproducto discursivo que necesi-

2. Libro que compila el debate epistolar en torno al matar / no matar en relación a las decisiones de las organizaciones armadas durante la última dictadura militar; debate en el que participaron el mismo Grüner, Oscar del Barco, Horacio González, León Rozitchner, Nicolás Casullo, Alejandro Kaufman, Christian Ferrer, Ricardo Forster, Héctor Schmucler, entre muchos otros intelectuales argentinos. Editado por la Editorial de la UNC, El Cíclope Ediciones y La intemperie.

tamos re-encarnar en nuestras hablas, nuestras escrituras, marcadas por este *bajo fondo* trágico, y evitar así que tales dilemas (sobretudo *la palabra como dilema*) se ahoguen en el flujo signico (musealizador o pura deriva) contemporáneo. No solo para salvar a los muertos, sino para salvar a la Muerte (la del discurso, pero no solo), como horizonte que acecha, acosa inescapablemente y que le otorga *sentido* a nuestros actos, y para la cual construimos conjuratorias “barreras ilusorias”: escrituras que asuman la responsabilidad de evitar la tibieza y la asepsia.

6

Es momento de decir, que a la escritura de estas introductorias palabras le acompañó un primigenio y turbado desvelo que hasta ahora apenas se había soslayado. Y es que siendo Grüner un prologuista acérrimo y refinado, el juego retórico de evitar nombrar este texto con la palabra *prólogo* parece no alcanzar, no ser suficiente, para escapar a la irradiación tremebunda de su trabajo prologuista / interpretador. Tarea sintomática de su trabajo ensayístico (y largamente reconocida, prologando a *gente* como Jameson, Scavino, Žižek, entre otros –el temor convengamos no era injustificado-) Y es que en la escritura prologuista anidaría de modo explícito algo que todo ensayo abriga: el expresar, como dice el mismo Grüner, que un autor es sobre todo un lector. Un “ensayo, es -dirá- una especie de autobiografía de lecturas”. De lecturas al sesgo (pacientes y urgentes) que *descubren* el detalle, lo aparentemente *accesorio*. “Leer esa *falla* es la verdadera carnadura del texto”. Así, la lectura / escritura, fundamentalmente entendida, vivida, como un trabajo de interpretación. Tal la tradición ensayístico-prologuista de Grüner, que parece tener uno de sus puntos nodales en “Foucault: Una política de la interpretación” (prólogo cuasi autonomizado de una conferencia del francés,

y en el que discute con un clásico de la anti hermenéutica como es *Contra la interpretación* de Susan Sontag), un texto, como muchos otros, como casi todos los de este libro, sobre el hecho de hacer textos, sobre la urgente paciencia por/de la interpretación. En este ya famoso prólogo (que incluso compite en cantidad de páginas con la conferencia que se propone prologar -dato aparentemente anecdótico pero que expresa el incontenible afán escritural-), se leen frases como la siguiente: “*Pensar la interpretación como una intervención en la cadena simbólica que produce un efecto disruptivo, y no un simple desplazamiento, es al mismo tiempo poner en evidencia su carácter ideológico y someter a crítica la relación del sujeto con ese relato*”. Es decir, no solo una política de la interpretación, sino una interpretación de la política del escritor, del ensayista, del que debe (siendo que una asunción ética se desprende fuertemente de estas -y otras- palabras grünerianas) erigirse Autor encarnando / responsabilizando(se de) sus textos no solo como parte de su propia biografía, sino la de su tiempo.

El ensayista, así, en el incómodo lugar del que mira al sesgo. Con la obligación ética del que, parafraseando a Pasolini (intelectual modélico para Grüner) “desciende al infierno, y cuando vuelve, si es que vuelve, vuelve otro, y ya no puede más que dar cuenta de lo allí visto”. La interpretación, entonces, como una operación de riesgo pero (por ello) insustituible, insumo fundamental-fundacional de una escritura ético-trágica. De una escritura / lectura de la tragedia de la cultura, que asume su carácter combativo, su ser *arena de lucha*. Citará Grüner a Malraux evidenciando un pasaje que entendemos hoy se ha invertido, pero que asumimos la necesidad de recuperar su *original* sentido: “Pasar del tratado al ensayo es pasar de la ciencia a la conversación”. Ampliar pues, y como mandato, la comunidad de la conversación humana, la comunidad de narradores.

Quiero finalizar entonces estas *palabras preliminares*, recordando algunas ideas escritas en algún otro texto³. Allí se leía: que si es verdad que se escribe (siempre) para los amigos, y que “ensayista es quien puede decir: no escribimos según lo que somos, sino que somos según aquello que escribimos”, el ensayo expresaría, entonces (y sobre todo) una política de la amistad, un modo privilegiado de las modulaciones del vínculo amistoso, en el que además de expresarse “una” determinada amistad, se representaría “la” amistad. Allí *ensayada*, la amistad, se vuelve no tematización, sino expresión fundamental del ensayo mismo. Todo ensayo sería pues un ensayo sobre la amistad. Y una amistad no solo entendida como vínculo afectivo, sino (y sin excluir el afecto, sino por el contrario, transfigurándose en *afección*) como vínculo político. El vínculo político / afectivo de una trama social expresándose, a través de un esbozo sintomático de ella misma, en su modo más denso y esperanzado: el ensayo.

La escritura y la amistad, como un sino común, inescapable. El que incluso me interpela en el recuerdo de los primeros encuentros de la revista *En Ciernes*. Estas palabras preliminares, en suma, tal vez, además de intentar reactualizar(me) los vínculos entre escrituras académicas, roles intelectuales y (des)alienaciones varias, en el marco del acontecimiento que implica la reedición de este libro, también sean parte de la carta que nunca pude escribirles a mis amigos, celebrando lo hecho, lamentando lo que ya no haremos (y alguna vez soñamos), e invocando(me) a mantener la potencia de palabras como las de nuestros referentes (*fundadores de -nuestros- discursos*), que han hecho grietas fundamentales en los modos enclaustrados y

3. Texto en torno a la presentación del libro de Ricardo Forster, *Nicolás Casullo. Semblanza de un intelectual*, de la que Eduardo Grüner participó en carácter de panelista / polemista / amigo.

enclaustrantes del pensamiento. Es decir, las de aquellos, como Eduardo Grüner⁴, que asumieron la responsabilidad de una palabra paciente, urgente, pública, incómoda, necesaria, ardiente, viviente (*arder viviendo*, escribía Fogwill –uno de esos amigos que *ensancha* la dedicatoria blanchotiana en el prólogo de esta nueva edición-) O sea, que se asumieron como Autores en la lucha denodada para que los muertos, las muertes (la de los textos, pero no solo) mantengan su fantasmal acoso, “concientizando de su presencia, de su ausencia, y así poder luchar para que su número sea cada vez menor”.

SEBASTIÁN RUSSO

4. Pero cómo no nombrar a Horacio González en nombre de muchos otros, que junto a Grüner fueron/son ineludibles enormes herencias no solo en mi derrotero reflexivo-escritural, claro, sino en el del ensayismo argentino contemporáneo todo, y que en estos días los une además un ingrato e injusto maltrato institucional por parte de la misma Universidad de la que son unos de sus más honrosos baluartes.

Prefacio a la presente edición

Reditar un libro “antiguo” (este tiene ya casi una veintena de años) convoca muchos dilemas, y no pocas dudas -esa soberbia de los intelectuales a la que aludió célebremente un filósofo que gustaba de maquillarse el rostro-. Mucho más tratándose de un libro de esos que se llaman “agotados” (a saber, no un incunable sino un inconseguible desde hace cerca de la misma cantidad de años): en efecto, ¿no podría hablar ese estado de un *agotamiento* de sus ideas (si las hubiera), o de su estilo (si existiera)? No me corresponde, creo, dilucidar esa ardua (para mí) cuestión. Apenas puedo alegar en mi defensa que en esas décadas fueron muchos -se entiende que esa cuantificación es proporcional a la naturaleza del objeto- amigos, conocidos, colegas y aun estudiantes, los que me preguntaron con cariñosa persistencia por una posible reedición. Aparentemente, esas voces, no importa cuán discretas, llegaron hasta Sebastián Russo y los responsables de Ediciones Godot, quienes con la misma discreción pero también con la misma persistencia cálida terminaron por convencerme de la pequeña aventura. Es de rigor, entonces, que a los múltiples agradecimientos que ya figuraban en el *Prefacio* a la primera edición, sume enfáticamente los nuevos. Sobre los editores de Godot -que contrariando su propio emblema beckettiano llegaron sin que yo los esperara- no puedo más que repetir lo que ya está, y queda, escrito a propósito del editor original (Homo Sapiens), celebrando “su tozudez en cometer el error de publicar este libro. Sé que se arrepentirán, pero ya es demasiado tarde”. En cuanto a Sebastián Russo, talentoso y sensible

colaborador en una de mis cátedras de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), la desinteresada generosidad que ha mostrado en su empeño tras esta reedición, así como en la escritura de unas “Palabras Preliminares” excesivas (en el sentido de ese exceso que hace enrojecer de pudor al aludido) para ella, es una de esas cosas que le hacen pensar a uno que tal vez no haya pasado en vano por la horriblemente llamada “Academia” (aunque, si entiendo bien, tanto su trabajo como el mío intentan ser una permanente *huída* de ella: pero, claro, solo se puede huir del lugar en el que se está).

Desde luego, nada de todo lo anterior anula los dilemas ni las dudas. Por ejemplo: ¿está este libro demasiado, como se dice, *fechado*? ¿Sigue “representando” (y en todo caso, qué sería eso) lo que yo escribiría *hoy* incluso sobre los mismos tópicos? ¿Volvería a escribirlo *así*? ¿Emprendería nuevamente las querellas de los *Entredichos*? ¿Conservaría las mismas (*P*)referencias? ¿Realizaría las mismas *Intromisiones*? Francamente, no lo sé. Pero esa ignorancia no podría elevarse a excusa: lo que uno escribió -y peor: publicó- alguna vez, le sigue perteneciendo, o lo sigue condenando, aun cuando hoy renegara (en el doble sentido de arrepentirse y protestar) de alguna frase o algún ademán estilístico también excesivo. Aquí están los textos, pues, tal como estaban hace veinte años, con sus correspondientes fechas de publicación originaria (a modo de pequeño truco para tomar cierta distancia de ellos). Esta no es, entonces, una nueva edición “corregida”, aunque sí -para permanecer en la jerga- levemente “aumentada”: he decidido incluir, en un apartado final bajo el título concesivo de *Addenda*, y aclarando para cada uno en cuál de las tres secciones hubiera debido revistar, cinco breves ensayos que no figuraban en la primera, ya fuera porque en su momento “se me escaparon” (¡qué expresión!) o porque fueron escritos después: “Borges, el cine de la pesadilla y el teatro de la lengua”, “Sarmiento, la esfinge nacional”, “A

ver si nos entendemos”, “Versiones de Nietzsche, sin Marx ni Freud”, y “Ni caverna ni laberinto: Biblioteca”. ¿Por qué lo hice? En principio, porque juzgué que su tono, o su estilo, o su tema, o todo eso, autorizaba a ponerlos en serie con los textos de la primera edición. Pero, como se sabe, los *principios* pueden ser engañosos. Es mejor esperar a los efectos *finales*.

Y ya que estamos, “finalmente”, ese tópico del cual yo había escrito en el Prefacio anterior que era obligado pero placentero, el del agradecimiento a los seres queridos, se tiñe hoy de una inevitable melancolía: algunos de ellos (demasiados, como ya lo hubiera sido uno solo) ya no están físicamente entre nosotros: mi padre, León Rózitchner, David Viñas, Nicolás Rosa, Raúl Zoppi, Ricardo Zelarayán, Héctor Libertella, Charlie Feiling, Fogwill, Nicolás Casullo. Y Miguel Briante, a quien yo le había dedicado esas palabras definitivas sobre la amistad que escribió Maurice Blanchot, y que estoy seguro que ahora me permitirá hacérselas compartir con todos ellos:

La amistad, esa relación sin dependencia, sin episodio y donde, no obstante, cabe toda la sencillez de la vida, pasa por el reconocimiento de la extrañeza común que no nos permite hablar de nuestros amigos, sino solo hablarles, no hacer de ellos un tema de conversación (o de artículos), sino el movimiento del convenio de que, hablándonos, reservan, incluso en la mayor familiaridad, la distancia infinita, esa separación fundamental a partir de la cual lo que separa, se convierte en relación.

Eduardo Grüner

Buenos Aires, agosto de 2013

Prefacio a la edición de 1996

Un prefacio a una recopilación de ensayos tiene, inevitablemente, un tufillo a coartada, o a justificación retroactiva. Pero es, también inevitablemente, un tópico obligado, un ritual apotropeico como esos que estudian los antropólogos y que sirven para ahuyentar los malos espíritus. La mejor (la menos peor) estrategia para salir -imaginariamente, claro- de ese atolladero es admitir de entrada la culpa, aun sabiendo que eso no salva del pecado. Todos (menos unos pocos, que en cada caso se indican) los ensayos aquí reunidos -habría que decir: acumulados- confiesan haber sido publicados antes, en diferentes lugares y en diferentes épocas. La tentación de corregirlos, a todos y cada uno de ellos, solo pudo ser vencida por la pereza, o -lo que es mucho peor- por el temor de iniciar una interminable y sangrienta polémica con esos textos que hoy leo como ajenos sin renunciar a su propiedad. He optado, pues, por el cómodo (y, reconozco, un poco cobarde) trámite de fecharlos. El más antiguo está por cumplir quince años, el más reciente, dos meses o tres. Como el orden en que se presentan no es cronológico (sino apenas, y ello con mucha buena voluntad, retórico), el improbable lector no podrá observar ninguna clase de “progreso”: a lo sumo, quizá, alguna “regresión”, y muchas, igualmente inevitables, repeticiones. Desde luego que ese orden no supone ningún azar, salvo bajo la forma “sobredeterminada” que suele llamarse del lapsus. Tampoco, claro está, es azarosa la selección. Sí se podría decir, en cambio, que -como suele suceder- lo que realmente importa para entender lo que “entró” es lo que quedó afuera:

es decir, lo que el lector (y el autor) nunca sabrán. Hay sí, creo, algunas obsesiones, algunas insistencias (no siempre consistentes): la relación desgarrada entre cultura y política, por ejemplo. O -lo que es otra manera de decirlo- el machaqueo sobre la noción benjaminiana de que no hay documento de civilización que no lo sea también de barbarie. Y hay, se me ocurre, la obcecación por permanecer, con la modestia del caso, dentro del hoy desprestigiado mundo de los “grandes relatos”, de las narrativas fundadas por iniciadores como Marx y Freud, aunque no necesariamente sometiéndose ni a sus letras ni a sus espíritus. Y hay, pienso, el gusto por la pelea generalmente inútil, por el conflicto irresoluble entre la autonomía y la heteronomía de la cultura, de la literatura, del arte, de la lengua. Y hay, pretende haber, un amor apasionado (casi nunca correspondido, como corresponde a las grandes pasiones) por la palabra, por la letra, por ciertas formas del pensamiento y ciertas manifestaciones de la imagen. O sea: por todo aquello que pueda todavía oponer su diferencia irreductible a la mediocridad de la indiferencia cultural o ideológica -llamada a veces, “posmoderna”-; que pueda todavía oponerle sus barreras a la muerte, aunque sean (o porque sean) barreras ilusorias, que no garantizan absolutamente nada: el ensayo es un género cuya culpabilidad no puede ofrecer garantías, sino apenas el módico coraje de arriesgarse al indefectible error. Y esa es toda la “teoría de la escritura” que se encontrará aquí. Sí hay, me imagino, una teoría -o una práctica reflexiva, para ser menos ambiciosos- de la lectura: ya lo es la distribución de los ensayos en tres secciones (“Entredichos”, “Preferencias”, “Intromisiones”), lo que, como comprenderán algunos, es un homenaje sentido, pero no forzosamente nostálgico, a la revista *Sitio*. Pero también lo es la irresoluble vacilación entre, por un lado, la exhortación althusseriana a confesar (puesto que no hay lecturas inocentes) de qué lecturas somos culpables, y por otro la invocación borgiana de que vale más enorgullecer-

se de lo que se ha leído que de lo que se ha escrito. Notable vacilación, que autoriza la infrecuente felicidad de sentirse orgulloso de haber cometido algunos delitos.

Otro tópico obligado (pero mucho más placentero): el de los agradecimientos. Es tan fatalmente necesario olvidar algunos nombres -si es así, les pido perdón-, como no dejar de consignar otros -a los que también, supongo, debería pedirles perdón-. La lista, interminable, de los que de una u otra manera contribuyeron durante estos años a que este libro se volviera casi posible, tiene que empezar por algún lado. Ante todo, entonces, mis hijos y mis compañeros de Sitio, que figuran explícitamente en la dedicatoria. Los primeros recibieron, me temo, mucha menos atención de la que hubieran podido recibir si yo no hubiera dedicado un tiempo, para ellos precioso, a escribir algunos de estos ensayos. De todos modos, no me disculpo: sé que ellos entenderán, que ya entienden. En cuanto a Irene y Luis, mis padres, y María Laura, mi hermana, ¿qué podría decir de ellos, sino que la fuerza de su cariño y de su ayuda transforma en imposible una retribución siquiera proporcional? Mis compañeros de *Sitio*, por su parte, reunieron -reúnen- para mí dos figuras muy difíciles de encontrar juntas: fueron -son- amigos y maestros, al punto que -y no se entienda esto como descargo- son tan responsables (o tan culpables) como yo de muchos de los textos de este libro. Igualmente importantes, tanto por su apoyo incondicional como por su crítica afectuosa, han sido el resto de mis grandes y más cercanos amigos, aquellos cuyo aliento y sabia interlocución enriquecieron afectos e ideas: Norberto Sessano y Florencia M. Parera, Julio Sevares, Héctor y Mirta Palomino, Laura Klein, Alberto Delorenzini, Atilio Boron y Ma. Alicia Gutiérrez, León Rozitchner, Nicolás Rosa, María Moreno, Graciela Guilis, Alberto Guilis y Raquel Angel, Beatriz Castillo, Sara Glasman, Graciela Ferraro, Raúl Zoppi, Noé Jitrik y Tununa Mercado; debo nombrar también a los lamentados Enrique Pezzoni y Norberto Rodríguez Bustamente; y a

Ricardo Zelarrayán, Jorge Palant, Oscar Carballo, Eduardo Carbajal, Luis Chitarroni, Jorge Panesi, Héctor Libertella y Tamara Kamenzain, Silvia Hopenhayn, Oscar Steimberg, Oscar Traversa, Horacio González y Liliana Herrero, Miguel Briante, Federico Monjeau, Arnaldo Bär, Guillermo Saccomano, Eduardo Ayarza. Y, desde luego y por descontado, Charlie Feiling (sin cuya cariñosa pero firme insistencia nunca hubiera encontrado la voluntad y el tiempo de juntar por primera vez estos trabajos) y su compañera Gabriela Esquivada, y Juan B. Ritvo (que influyó para que los re-juntara por segunda vez). No puedo dejar de mencionar aquí a Germán L. García -que editó el primer ensayo que publiqué- y a Rodolfo Fogwill, que siempre consigue ironizar con respeto sobre lo que escribo. Mis actuales compañeros de las revistas *El Cielo por Asalto* y *SyC* son un estímulo intelectual permanente, así como mis compañeros en el Programa de Pensamiento Contemporáneo y Cultura Crítica (Nicolás Casullo, Ricardo Förster, Federico Monjeau, Gregorio Kaminsky, Horacio González, Christian Ferrer, Alejandro Kaufman) y mis alumnos -de quienes he aprendido mucho más de lo que ellos se imaginan- y compañeros de cátedra en las universidades de Buenos Aires, Rosario y Tandil y en la FLACSO. *Last but not least* y *noblesse oblige*, mi editor, por su tozudez en cometer el error de publicar este libro. Sé que se arrepentirá, pero ya es demasiado tarde. También sé que esta lista es quizá desmesurada, desproporcionada y abrumadora para un agradecimiento. Pero, ¿qué puedo hacer? Aunque implique un lugar común (y de eso se trata, precisamente: de un espacio y un tiempo compartidos), sin todos estos hombres y mujeres este libro no hubiera existido -lo cual quizás hubiera sido mejor para la cultura argentina, pero ese no es mi problema-. Y, lo que es más importante: sin ellos y ellas, mi vida sería mucho más pobre.

Buenos Aires, septiembre de 1992 / diciembre de 1994

E N T R E D I C H O S

El ensayo, un género culpable⁵

El ensayo -hay que entenderlo como un tanteo modificador de uno mismo en el juego de la verdad, y no como apropiación simplificadora de otros para los fines de la comunicación- es el cuerpo viviente de la filosofía, por lo menos si esta sigue siendo, aun ahora, lo que fue otrora, es decir, una ascesis, una ejercitación de uno mismo en el pensamiento.

M. Foucault

Nuestro error no concierne al orden del saber, sino al orden moral. Equivocarse es convertirse en culpable cuando se cree que se está actuando rectamente.

J. Starobinski

Una gran novela puede ser una ballena blanca o una cucaracha: nos arrastra con ella o se agita bajo nuestros pies. Es lo que Charles Olson y Walter Benjamin encuentran en Melville y Kafka, respectivamente. La metáfora animal es el testimonio de un límite absoluto, de un fracaso: imposibilidad de “abrumar a la naturaleza” (Olson), imposibilidad de constituir a la bestia como “receptáculo del olvido” (Benjamin). Por encima o por debajo de la humanidad, el fracaso es irrisorio: quizá acierte Gramsci cuando sugiere que el superhombre nietzscheano no es tanto Zaratustra como el conde de Montecristo: un personaje folletinesco, ridículo, cuya única grandeza es la de saber esperar. También lo dice Benjamin a propósito de Kafka: toda su estrategia consiste en aplazar una res-

5. Publicado en *Sitio* N° 4/5, 1985.

puesta (un “juicio”). Ni siquiera la muerte es una sentencia satisfactoria: “(Kafka) consideraba sus esfuerzos como malogrados... se consideraba entre aquellos destinados a fracasar”. Y, en algún sentido, tenía razón: “Lo que fracasó fue su grandiosa tentativa de reconducir la poesía a la doctrina y de volver a darle, como parábola, la sencilla inalterabilidad que era la única que le parecía adecuada en relación con la razón”. Fracasando como gestor de alegorías, Kafka entrega -contra su voluntad, es sabido- una gran literatura. ¿Y Melville? Para Olson, el capitán Ahab protagoniza -después de Ulises y Dante- la tercera y última Odisea de la historia literaria. Al revés de lo que dice Eco, los capítulos pedagógicos sobre la vida y la caza de las ballenas dan la verdadera dimensión del igualmente grandioso “fracaso” de Melville: Melville, escéptico, no se imaginaba sin embargo cómo podría vivir sin una fe. Tenía que tener un dios. En *Moby Dick* encontró uno, pero, ¿a qué precio? Olson: “Era una labor de gigantes: hacer un nuevo dios. Para lograrlo era necesario que Melville, puesto que el cristianismo lo rodeaba como nos rodea a nosotros, fuera tan Anticristo como Ahab. Cuando rechazó a Ahab, perdió la antigüedad. Y el cristianismo ocupó el terreno. Pero Melville había consumado su labor”. La tarea imposible (tanto como la de Kafka) arroja un resto exitoso: los capítulos pedagógicos, por la misma lógica de su verosímil, reducen el dios blanco a una masa de carne sanguinolenta, casi repugnante.

Benjamin y Olson son dos auténticos ensayistas: arriesgan la idea de que es en el *fracaso* de Kafka o de Melville donde hay que buscar las razones que hacen a la satisfacción de su lectura. Vale decir, en lo que hay en ellos de irrepetible (lo único que una “ciencia literaria” debería, por definición, excluir): ¿cuántos podrían estar en condiciones de ofrecer *La metamorfosis* o *Moby Dick* como producto de sus equivocaciones? El ensayo (literario) es esto: identificar un lugar fallido, localizar un error.

Inútil decir que la idea no es nueva: la hemos leído, desde ya, en Blanchot: todo escritor está atado a un error con el cual tiene un vínculo particular de intimidad. Todo arte se origina en un defecto excepcional, toda obra es la puesta en escena de esa falta: “Hay un error de Homero, de Shakespeare, que es quizá, para uno y para el otro, el hecho de no haber existido”. Afirmación feliz: pareciera que basta que haya Obra para que haya autor, fuera de toda comodidad de una existencia biológica. Figura que distingue al ensayo de la “ciencia literaria”, en tanto supone que es la escritura la que constituye a un (sujeto) escritor -es lo que dice Sartre de Flaubert- así como el discurso funda su propio sujeto. Al revés, la crítica (“científica”, tal como hegemoniza hoy a la Universidad) debe suponer un Autor en el origen de la escritura. De la “tradicional” a la “moderna”, la crítica ha hecho poco más que cambiarle el nombre a esa instancia previa: la restitución de una autoridad en el origen, bautizada como la Vida, las Influencias o las Condiciones de Producción. La crítica llamada estructural (que no privilegia, contra lo que se dice, la “inmanencia del texto”, sino la adaptación de los textos a otra inmanencia, la de los códigos de la semiótica narrativa) no escapa a esta lógica “autoritaria”: el sujeto-soporte de la Lengua -o de la Ideología, formación lingüística de singular astucia- aplasta bajo el peso de las estructuras la posibilidad de recuperar al Autor bajo una forma que no sea la del terrorismo académico. Lo cual no *nos* exime de la fascinación casi irresistible de ese terrorismo: ¿quién (salvo que se atrinchere, en la palurdez de una crítica “sentimental”) podría sustraerse a la seducción intelectual de una “cientificidad” crítica? Calvino da cuenta sagazmente de esta debilidad tan humana cuando señala que incluso la más rigurosa crítica anglosajona (pongamos un Curtius, un Auerbach, un Spitzer, un Frye) termina por parecernos

“amablemente ensayística” desde que el estructuralismo nos ha acostumbrado a una formalización mucho más reductiva y austeramente descarnada de los procedimientos de lectura. Seducción que proviene, creo, de la aparente eficacia -lo que no quiere decir facilidad- con que esos procedimientos combaten el *horror vacui*: si supiéramos qué es lo que Propp, Todorov o Greimas eliminan, *suprimen*, de los textos que analizan, sabríamos también qué es lo que les impide ser “amables ensayistas”.

No es cuestión, tampoco, de desconocer otra consecuencia de la ideologización de la figura del Autor: ha provocado que no tengamos, todavía, una teoría de la lectura. O, si la tenemos -como parecería despuntar esperanzadamente en la “estética de la recepción”-, sea en buena medida bajo el régimen de una separación entre el análisis de lectura y la escritura y/o una promoción simétrica -véase el último Umberto Eco- de la figura del Lector como complemento del Sentido (una antigua pasión de Valéry, por otra parte). Bienvenida reaparición, sin duda, después de tantos años de dictadura autoral y de posterior “opero-centrismo”: es una demostración de que el lector seguía siendo, después de todo, el cero que organizaba la serie, el *deus absconditus* que solo había muerto para hacerse obedecer mejor. Pero a su vez, la muerte del Autor a favor del Lector, el relevo de una restitución del origen por una anticipación del (incierto) destino, no es necesariamente una ventaja: sigue siendo tributaria de una oscilación entre el Pasado y el Futuro. Cuando de lo que se trata, más bien, es de una lectura que *actualiza* la escritura, que constituye al sujeto de lectura *en el mismo lugar* en el que se constituye el sujeto de la escritura: el presente perpetuo (continuo, si se quiere gramaticalizar), de la *enunciación*. Lugar en el que el autor se dibuja por su ausencia: lugar del “Qué importa quién habla” de Beckett que Foucault designa como uno de los principios éticos de la escritura contemporánea: no porque antes no existiera, sino porque solo contempo-

ráneamente ha adquirido el estatuto de *principio*.

Se ve, allí hay otra manera de pensar al Autor: no suprimiéndolo por decreto, como quisiera cierta “vanguardia”; no manteniéndolo en una suerte de anonimato trascendental -lo cual es un gesto teológico, pero no crítico- sino recuperándolo, en todo caso, como Nombre, y marcándolo como designación de los límites dentro de los cuales se produce un acontecimiento discursivo que podemos convenir en llamar *obra*. Ese es el lugar, pues, de una teoría de la lectura, inseparable -se dijo- de una teoría de la escritura, y ambas como propiamente *imposibles* (si se acepta el postulado de la imposibilidad de una ciencia de lo particular), en el sentido de que tendría que ser una teoría informada por su propia práctica, una teoría *cada vez única*, que se funda y a la vez se disuelve con cada lectura (incluso del mismo texto): ¿cómo podría, en efecto, haber una teoría de la lectura o de la escritura anterior a la lectura o escritura mismas? Esa lectura sería, por lo tanto, una lectura del *acontecimiento enunciador*, de la emergencia de una sorpresa que me hace levantar la cabeza y dejarme ir en alguna asociación -que nunca es libre, desde ya-: permítaseme sugerir -y es una idea que tomo en préstamo de Roland Barthes- que si me siento a escribir el *relato* de todas las veces que he “levantado la cabeza” provocado por la lectura, eso es un *ensayo*. Y eso transformaría al ensayo en una especie de autobiografía de lecturas: no tanto en el sentido de los “libros en mi vida”, sino mas bien en el de los libros que han apartado al ensayista de su vida: que lo han hecho escribir, *derramar* sus lecturas sobre el mundo en lugar de atesorarlas en no sé qué interioridad incommunicable. Pasar del tratado al ensayo es pasar de la ciencia a la conversación (Malraux). Es decir: enajenar la palabra propia sin dejar de recuperarla en la del otro. ¿Y no demuestra eso el hecho de que el ensayista nunca encuentra, en lo que escribe, la prueba de que es realmente él quien escribe? Ensayista es quien puede decir, como Kafka: “no

escribimos según lo que somos: somos según aquello que escribimos”. Lo importante aquí es el uso del plural: ensayista es el que sabe que nunca escribe *solo* (y su soledad consiste en saber eso) porque su escritura es la que permite también que se escriba -que se inscriba- el autor con el cual “ensaya”; para un ensayista *leer* no es escribir de nuevo un libro: es hacer que el libro *sea* escrito, “aparezca”.

Ese “apartamiento” quizás equivaldría, para el ensayista, a la *ostrononye* de Sklovski, al *distanciamiento* brechtiano: una operación a mitad de camino -o mejor: fuera del camino- entre la identificación impresionista y el “objetivismo” científicista. Puesto que afirmar el acontecimiento no implica, forzosamente, dejarse arrastrar por él cuando él emerge: para eso basta la paciencia, que es un subterfugio de la muerte (“cuando se niega la vida, basta esperar: la muerte llega siempre”, dice Montherlant). Aquí estamos hablando de la *impaciencia* por hacer algo con ese acontecimiento, por la inclusión de ese azar en un cálculo, como lo quería Poe.

El ensayo, pues: su diferencia con la “ciencia literaria” es que no se propone, al menos *a priori*, restituir ningún origen -ni el Autor, ni el Código, ni el Sentido- ni tampoco anticipar ningún Destino, sino constituirse como testimonio de ese acontecimiento por medio de la escritura. Es superfluo amonestar a quien se haga ilusiones con respecto a la inocencia o la espontaneidad de esta forma de lectura: ese *sujeto del ensayo* se funda cada vez en un lugar distinto del entrecruzamiento múltiple pero limitado de lecturas y escrituras: de lecturas y escrituras no solo “autorales” sino históricas, sociales, culturales: como en las célebres “series” de los formalistas rusos, en cuya formalización, por fortuna, ellos fracasaron exitosamente. Fundación de la cual se podría hacer casi una receta, ya que cada quien escribe según lo que lee: basta averiguar lo que alguien *lee* (y no lo que *cree* leer) para tener una idea muy aproximada de lo que escribe: es el *creative misreading* de